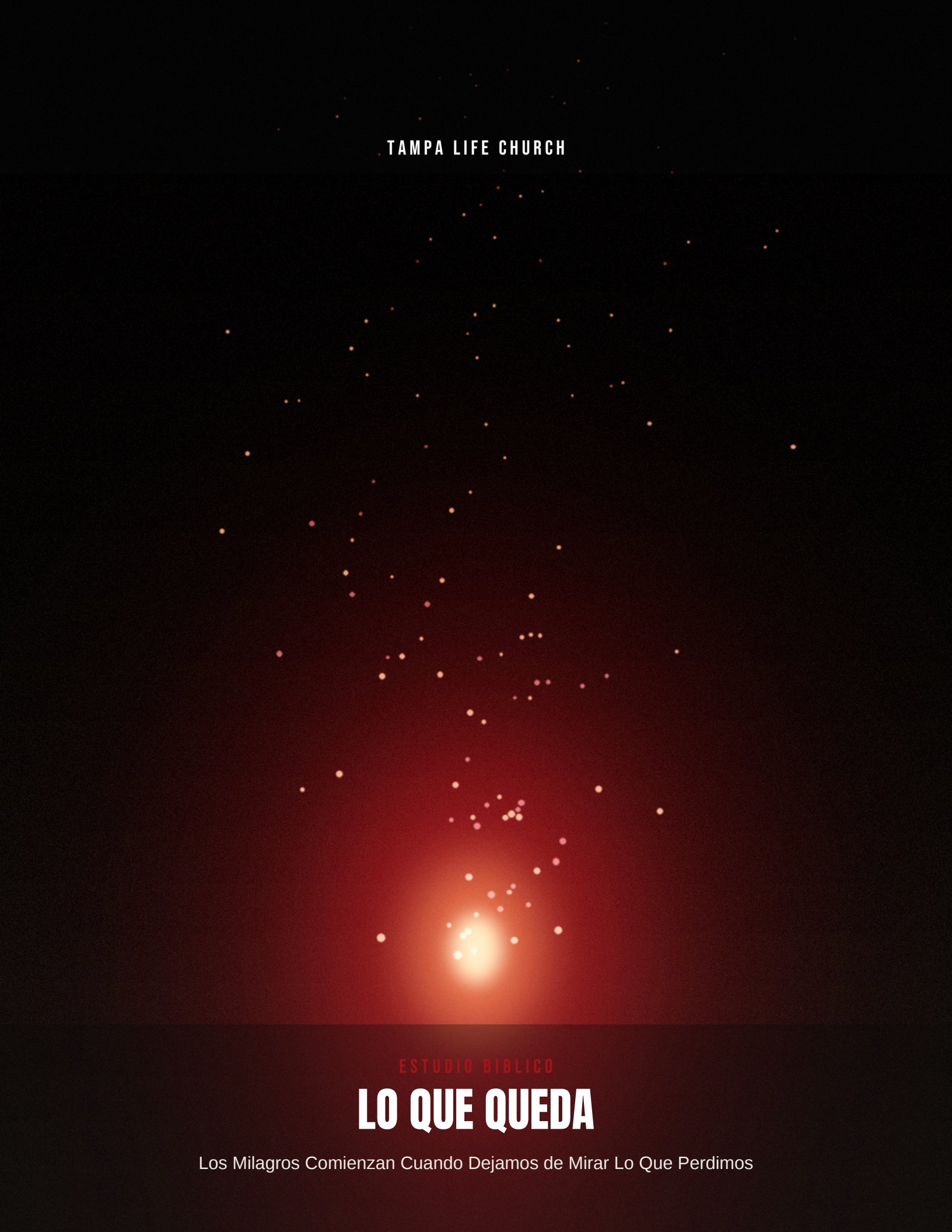




TAMPA LIFE CHURCH

ESTUDIO BIBLICO

LO QUE QUEDA

Los Milagros Comienzan Cuando Dejamos de Mirar Lo Que Perdimos

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Algunos domingos siguen un bosquejo cuidadosamente preparado. Otros siguen la guía inconfundible del Espíritu Santo.

Este estudio bíblico nació de uno de esos momentos sagrados.

La congregación se reunió esperando continuar una serie de sermones. En cambio, el Espíritu Santo redirigió suavemente todo el servicio. Antes de que se predicara un mensaje, el santuario se convirtió en un lugar de intercesión. Las familias cargaban pesos difíciles de sobrellevar. Uno de los fieles siervos de Dios estaba en cirugía de emergencia. Otra familia se preparaba para el nacimiento prematuro de su hijo. Un amado pastor que había servido fielmente a la iglesia durante décadas había entrado a la eternidad apenas horas antes. En lugar de apresurarse hacia el sermón, la iglesia se detuvo a orar, adorar, llorar juntos y buscar la presencia de Dios.

Para quienes tal vez no estén familiarizados con una iglesia pentecostal, este tipo de servicio puede parecer inusual. Algunos podrían preguntarse por qué la gente ora junta con tanta pasión, por qué se levantan las manos en adoración, o por qué los creyentes se reúnen alrededor de quienes están sufriendo. Estas expresiones no son simplemente reacciones emocionales ni tradiciones religiosas. Están arraigadas en la convicción de que Jesucristo está vivo, de que el Espíritu Santo sigue obrando entre su pueblo, y de que Dios continúa sanando, consolando, restaurando y transformando vidas hoy.

No nos reunimos solamente para aprender acerca de Dios.

Nos reunimos esperando encontrarnos con Él.

Durante todo el servicio, las personas se ministraron unas a otras. La congregación oró por los enfermos. Consolaron a las familias que estaban de luto. Adoraron con acción de gracias a pesar del dolor. En lugar de permitir que el duelo dominara el ambiente, la fe comenzó a levantarse. La iglesia se convirtió exactamente en lo que Cristo quiso que fuera su cuerpo: un lugar donde las cargas se comparten, la esperanza se restaura y la presencia de Dios es bienvenida.

Entonces sucedió algo extraordinario.

Después de casi una hora de adoración, oración y ministración, el Pastor Robert Tisdale finalmente abrió las notas del sermón que había preparado varias semanas antes. La primera frase que lo esperaba en la página decía:

“Los milagros comienzan cuando dejas de obsesionarte con lo que perdiste y empiezas a usar lo que te queda.”

Nadie pudo haber orquestado un momento así.

Antes de que esa frase fuera pronunciada, Dios ya había dedicado toda la mañana a ilustrarla. Cada oración, cada abrazo, cada acto de adoración, cada palabra de aliento y cada expresión de generosidad apuntaban hacia una sola verdad central:

Dios rara vez comienza sus milagros restaurando lo que se ha perdido. Con más frecuencia, comienza revelando lo que todavía queda.

Esa verdad es el fundamento de todo este estudio.

REFLEXIONA

Piensa en una “interrupción” reciente en tu propia vida, una demora, una decepción o un giro inesperado. ¿Dónde podría Dios haber estado ya preparando algo que tú aún no podías ver?

ANTES DE COMENZAR

POR QUÉ CREEMOS QUE DIOS TODAVÍA HACE MILAGROS

Si estás leyendo este estudio y nunca has asistido a una iglesia pentecostal, es posible que tengas preguntas sobre lo que sucedió durante ese servicio. ¿Por qué la congregación pasó tanto tiempo orando? ¿Por qué la gente se reunía alrededor de los que sufrían? ¿Por qué había tanta confianza en que Dios podía intervenir?

La respuesta es sencilla:

Porque creemos que el Dios de la Biblia no ha cambiado.

Nuestra fe no está construida sobre experiencias emocionales ni tradiciones humanas. Está construida sobre el carácter inmutable de Dios revelado en las Escrituras.

La Biblia presenta a un Dios que está activamente involucrado en la vida de su pueblo. Desde Génesis hasta Apocalipsis, Él escucha oraciones, sana enfermedades, libera cautivos, restaura corazones quebrantados, provee para necesidades imposibles, perdona pecadores y realiza milagros que revelan su gloria. Estos milagros nunca tuvieron el propósito de entretener a la gente ni de exaltar a ciertas personas. Revelaban la compasión, la autoridad y el poder de Dios.

Cuando Jesucristo vino al mundo, reveló perfectamente el corazón del Padre. Dondequiera que iba, ministraba a personas quebrantadas. Sanó a los ciegos, limpió a los leprosos, restauró a los paralíticos, consoló a familias que estaban de luto, echó fuera espíritus inmundos, calmó tormentas violentas, multiplicó alimento para los hambrientos e incluso resucitó a los muertos.

Estos milagros no fueron eventos aislados que pertenecen únicamente a la historia.

Demostraron cómo se ve el Reino de Dios cada vez que su presencia es bienvenida.

Algunos cristianos sinceros creen que los dones milagrosos cesaron después de la era apostólica. Respetuosamente sostenemos una convicción diferente, porque no encontramos ningún pasaje en las Escrituras que declare que el poder de Dios ha terminado. Al contrario, encontramos una y otra vez que se anima al pueblo de Dios a orar, creer y confiar en Él.

Santiago escribió:

“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él... Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará...”

SANTIAGO 5:14-15 (RVR60)

El escritor de Hebreos nos recuerda:

“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.”

HEBREOS 13:8 (RVR60)

Porque Jesús no ha cambiado, creemos que su compasión no ha cambiado. Su autoridad no ha cambiado. Su misericordia no ha cambiado. Su poder no ha cambiado.

Esto no significa que cada oración sea respondida exactamente como deseamos. Las Escrituras nos enseñan que Dios es soberano. A veces sana instantáneamente. A veces sana gradualmente a través del tiempo, la medicina o la restauración. A veces elige sostener a sus hijos con una gracia extraordinaria mientras cumple un propósito que va más allá de nuestro entendimiento.

La fe no es creer que Dios siempre hará lo que nosotros queremos.

La fe es confiar en que Dios siempre hará lo que es correcto.

Esta distinción es esencial.

Cuando los creyentes pentecostales oramos por sanidad, no estamos intentando darle órdenes a Dios. Estamos obedeciendo su invitación a presentarle cada necesidad. Oramos porque Jesús instruyó a sus seguidores a orar. Oramos porque la iglesia primitiva oraba. Oramos porque hemos sido testigos de la fidelidad de Dios una y otra vez. Y lo más importante: oramos porque sabemos que, ya sea que Dios cambie la circunstancia o nos fortalezca en medio de ella, su presencia es suficiente.

Aquel domingo por la mañana, la congregación oró por familias que enfrentaban cirugías de emergencia, cáncer, nacimientos prematuros, duelo, dolor emocional y sufrimiento físico. Creyeron que Dios podía intervenir porque creyeron que Él estaba presente. Su confianza nunca estuvo en las personas que oraban. Su confianza estaba únicamente en Jesucristo.

Mientras continúas con este estudio bíblico, recuerda esta verdad importante:

Nuestro mayor milagro no es que Dios siempre quite nuestro sufrimiento.

Nuestro mayor milagro es que Él promete nunca dejarnos solos en medio de él.

Y dondequiera que Jesús esté presente...

la esperanza permanece.

el propósito permanece.

la sanidad permanece.

los milagros permanecen.

 REFLEXIONA

¿Crees que Dios todavía hace milagros hoy? Escribe con honestidad acerca de dónde se siente fuerte tu fe y dónde se siente incierta.

CAPÍTULO

DIOS A MENUDO HABLA ANTES DE QUE ENTENDAMOS POR QUÉ

01

Uno de los mayores consuelos que un creyente puede descubrir es que Dios nunca se sorprende. Mucho antes de que reconozcamos un problema, Él ya ha preparado su respuesta. Antes de que nuestras oraciones sean pronunciadas, Él ya las ha escuchado. Antes de que nuestras lágrimas comiencen a caer, Él ya las ha guardado en su redoma (Salmos 56:8). Lo que a nosotros nos parece una crisis inesperada nunca ha tomado al cielo por sorpresa.

Esta verdad quedó hermosamente ilustrada durante el servicio que inspiró esta lección. Mientras el Pastor Robert Tisdale se preparaba para continuar su serie de sermones, el rumbo de la mañana cambió por completo. Noticias de pérdida, enfermedad y necesidades urgentes de oración transformaron el ambiente. La congregación pasó casi una hora orando, adorando, consolándose unos a otros y buscando a Dios antes de que el sermón siquiera comenzara. Solo después el Pastor Tisdale abrió el mensaje que había preparado semanas antes y descubrió que la primera frase resumía perfectamente todo lo que el Espíritu Santo ya había estado diciendo durante el servicio: “Los milagros comienzan cuando dejas de obsesionarte con lo que perdiste y empiezas a usar lo que te queda.” Lo que parecía una interrupción era en realidad una confirmación. Dios había escrito la respuesta antes de que la iglesia viviera ese momento.

Este es el hermoso patrón de las Escrituras. Dios rara vez se explica a sí mismo antes de pedirle a su pueblo que confíe en Él. Con más frecuencia, prepara silenciosamente la provisión mucho antes de que alguien se dé cuenta de que será necesaria. Su soberanía siempre está obrando entre bastidores, arreglando circunstancias que solo se aclaran cuando miramos atrás a través de los ojos de la fe.

Abraham experimentó esto en el monte Moriah. Dios le mandó ofrecer a Isaac, el hijo por medio del cual vendrían todas las promesas de Dios. El razonamiento humano no podía reconciliar la promesa de Dios con el mandato de Dios. Cada paso que subía la montaña debió haber levantado preguntas dolorosas. Sin embargo, mientras Abraham subía por un lado del monte cargando la leña para el sacrificio, Dios ya había provisto un carnero que subía por el otro lado. Abraham no vio la provisión de Dios hasta el momento exacto en que la necesitó, pero esa provisión había estado allí todo el tiempo. El milagro no comenzó cuando apareció el carnero. Comenzó cuando Dios preparó el carnero antes de que Abraham llegara siquiera al altar (Génesis 22:13-14).

La vida de José cuenta la misma historia. A los diecisiete años recibió sueños de parte de Dios, pero casi de inmediato su vida pareció desmoronarse. Sus hermanos lo traicionaron, la esclavitud le arrebató su libertad, falsas acusaciones le robaron su reputación, y la cárcel consumió años de su vida. Desde la perspectiva de José, cada promesa parecía alejarse cada vez más. Sin embargo, mientras José permanecía olvidado en la prisión, Dios estaba arreglando silenciosamente los acontecimientos políticos dentro del palacio de Faraón. El hambre venía en camino. Egipto necesitaría un administrador sabio. El copero eventualmente se acordaría de José. Cada pieza ya se estaba moviendo a su lugar mientras José no podía ver nada de eso. Lo que José llamó demora, Dios lo llamó preparación.

Moisés también descubrió que la preparación de Dios muchas veces viene disfrazada de vida ordinaria. Después de huir de Egipto, pasó cuarenta años cuidando ovejas en el desierto. Para muchos, esas décadas parecían desperdiciadas. Es posible que el mismo Moisés creyera que sus mejores

oportunidades habían quedado atrás. Sin embargo, cada día solitario en el desierto lo estaba preparando precisamente para el lugar donde Dios más tarde le pediría que guiara a Israel. El desierto se convirtió en su salón de clases. Las ovejas se convirtieron en su congregación de entrenamiento. Incluso la vara que llevaba consigo todos los días llegaría a ser uno de los instrumentos más reconocibles del poder milagroso de Dios. Dios estaba preparando a su siervo mucho antes de llamarlo públicamente.

Quizás en ningún otro lugar se revela este principio con más hermosura que en la vida de Jesucristo. Las Escrituras declaran que Cristo fue “el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:8). Antes de que Adán pecara, Dios ya había preparado la redención. Antes de que la humanidad cayera, la cruz ya estaba en el corazón de Dios. Antes de que el hombre reconociera su necesidad de un Salvador, el cielo ya había planeado la salvación. Esta es la naturaleza de nuestro Dios. Él nunca reacciona ante la historia. Él la dirige.

Esta verdad cambia la manera en que vemos nuestra propia vida. Con demasiada frecuencia interpretamos las preguntas sin respuesta como evidencia de que Dios está ausente. Suponemos que el silencio significa inactividad. Confundimos la demora con el abandono. Sin embargo, la Biblia enseña repetidamente lo contrario. El silencio de Dios no significa que Él haya dejado de obrar. Con frecuencia, significa que está obrando en lugares que todavía no podemos ver. Mientras nosotros nos enfocamos en la incertidumbre de hoy, Él ya está preparando la provisión de mañana.

Esta perspectiva también transforma la manera en que entendemos los milagros. Con frecuencia imaginamos que los milagros comienzan en el momento en que Dios interviene de manera visible. Las Escrituras enseñan algo diferente. La mayoría de los milagros comienzan mucho antes de que alguien los reconozca. El milagro de Noé comenzó antes de la lluvia. El milagro de David comenzó mientras todavía cuidaba ovejas. El milagro de Ester comenzó antes de que fuera reina. La resurrección misma comenzó antes de que la piedra fuera removida. La intervención visible de Dios es a menudo solo el capítulo final de una historia que Él ha estado escribiendo todo el tiempo.

Mientras continuamos este estudio, recordemos esta verdad fundamental: nuestra confianza no descansa en nuestra capacidad de entender el plan de Dios. Descansa en la capacidad de Dios de cumplir su plan. Incluso cuando la vida se siente incierta, el cielo nunca improvisa. Nuestro Padre ya está obrando, preparando gracia antes de la prueba, fuerza antes de la batalla y esperanza antes del quebranto.

Por eso los creyentes pueden adorar antes de recibir la respuesta. Oramos antes de que las circunstancias cambien. Alabamos antes de que llegue el milagro. Confiamos antes de entender. Sabemos que si Dios ha ido delante de nosotros, tal como las Escrituras lo prometen repetidamente, entonces lo que sea que nos espere mañana ya ha pasado por sus manos amorosas. Esa confianza no elimina el sufrimiento, pero nos da paz en medio de él. Nos recuerda que, aunque todavía no entendamos lo que Dios está haciendo, podemos estar seguros de que Él ya está haciendo algo.

REFLEXIONA

*¿Qué situación en tu vida se siente ahora mismo como si estuviera llegando demasiado tarde?
Pídele a Dios que te muestre evidencia de que ya ha estado preparando tu respuesta.*

CAPÍTULO

**EL DUELO QUIERE TUS OJOS EN LO QUE SE PERDIÓ, PERO DIOS
SEÑALA LO QUE QUEDA**

02

El duelo es una de las emociones más poderosas que puede experimentar un ser humano. Tiene la capacidad de consumir nuestros pensamientos, nublar nuestra visión y remodelar silenciosamente la manera en que nos vemos a nosotros mismos y a Dios. Aunque solemos asociar el duelo con la muerte de un ser querido, las Escrituras pintan un cuadro mucho más amplio. Lloramos relaciones rotas, sueños destrozados, oportunidades perdidas, salud en declive, dificultades financieras, traiciones, decepciones y temporadas de la vida que nunca volverán. De una manera u otra, cada persona carga el peso de algo que desearía que hubiera resultado diferente.

El enemigo entiende el poder del duelo. Mientras Dios desea sanar nuestro corazón, Satanás desea encarcelarlo. Una de sus mayores estrategias es convencernos de que nuestro futuro está para siempre definido por lo que hemos perdido. Si logra mantener nuestra atención fija en el ayer, nos costará reconocer lo que Dios está haciendo hoy. Nos volvemos expertos en contar lo que falta, pasando por alto las innumerables evidencias de la fidelidad de Dios que todavía nos rodean.

Por eso la declaración del Pastor Robert Tisdale es tan profunda:

“Los milagros comienzan cuando dejas de obsesionarte con lo que perdiste y empiezas a usar lo que te queda.”

Nota lo que él no dijo. No sugirió fingir que la pérdida nunca ocurrió. No animó a la gente a ignorar su dolor o suprimir sus emociones. La fe bíblica nunca se construye sobre la negación. A lo largo de las Escrituras, el pueblo de Dios lloró abiertamente. Abraham lloró a Sara. David lloró a Jonatán. Jeremías fue conocido como el profeta llorón. Incluso Jesús se paró afuera de la tumba de Lázaro y lloró, aunque sabía que la resurrección estaba a solo momentos de distancia (Juan 11:35). El duelo en sí mismo no es evidencia de fe débil. En muchos casos, es evidencia de que hemos amado profundamente.

El problema comienza cuando el duelo deja de ser algo que atravesamos y se convierte en el lugar donde decidimos vivir. Dios nunca quiso que la tristeza fuera nuestra residencia permanente. El salmista declaró: “Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría” (Salmos 30:5). Nota que al llanto se le da una temporada, no un destino. La mañana finalmente llega porque la misericordia de Dios continuamente mueve a sus hijos hacia la esperanza.

Una de las mentiras más sutiles del enemigo es convencernos de que, porque algo precioso se ha perdido, nada significativo puede volver a suceder. Sin embargo, casi cada gran historia bíblica demuestra lo contrario. Las mayores obras de Dios a menudo comienzan después de lo que parece ser una pérdida devastadora.

Noemí perdió a su esposo. Enterró a sus dos hijos. Regresó a Belén tan abrumada por el dolor que pidió a la gente que dejara de llamarla Noemí, que significa “placentera”, y en su lugar la llamaran Mara, que significa “amarga” (Rut 1:20). Desde su perspectiva, su historia había terminado. Ella creía que Dios había vaciado su vida. Sin embargo, mientras Noemí se enfocaba en lo que le habían quitado, Dios estaba escribiendo silenciosamente una de las mayores historias de redención del Antiguo Testamento. Rut conocería a Booz, una familia sería restaurada, y generaciones después el Mesías mismo vendría a

través de ese linaje. Noemí solo podía ver sus manos vacías. Dios ya podía ver la cuna que un día sostendría a Obed.

Los discípulos vivieron esta misma lucha después de la crucifixión. Todo aquello sobre lo cual habían construido su vida pareció derrumbarse en un solo fin de semana. Aquel a quien creían el Mesías había sido arrestado, golpeado, crucificado y sepultado. El miedo reemplazó a la confianza. La esperanza dio paso a la confusión. Se encerraron tras puertas cerradas, convencidos de que la historia había terminado. Sin embargo, mientras ellos lloraban lo que habían perdido, Jesús estaba preparando la mayor victoria de la historia humana. La resurrección no borró el dolor del viernes, pero transformó por completo su significado.

¿Cuántas veces nos parecemos a esos discípulos? Nos quedamos frente a tumbas selladas, creyendo que Dios ya terminó de escribir nuestra historia, mientras el cielo simplemente está esperando el domingo por la mañana.

Quizás una de las lecciones más grandes que debemos aprender es que Dios nunca nos pide que comencemos con lo que ya no poseemos. Él siempre comienza con lo que queda. Cuando Moisés estaba delante de la zarza ardiente, Dios no le preguntó qué le había quitado Faraón. Le preguntó: “¿Qué es eso que tienes en tu mano?” (Éxodo 4:2). Moisés vio una vara común de pastor. Dios vio el instrumento que dividiría el Mar Rojo, sacaría agua de una roca y se convertiría en un símbolo de su autoridad. El milagro no comenzó con algo que a Moisés le faltaba. Comenzó con algo que ya poseía, pero que había subestimado.

El mismo principio aparece a lo largo del ministerio de Jesús. Antes de alimentar a la multitud, Jesús preguntó: “¿Cuántos panes tenéis?” (Marcos 6:38). Antes de sanar al ciego, Jesús le preguntó qué deseaba. Antes de llamar a Lázaro de la tumba, Jesús instruyó a la gente a quitar la piedra. Una y otra vez, Dios invitó a la participación humana antes de manifestar el poder divino. Él no necesitaba lo que ellos tenían; quería que confiaran en Él con eso.

Esto nos reta a hacer una pregunta honesta: ¿qué es lo que todavía tenemos que Dios desea usar? Tal vez no sea mucho según los estándares humanos. Puede ser simplemente un corazón dispuesto, un testimonio, una oración, una palabra de aliento, una ofrenda económica o un acto de bondad hacia alguien que carga su propio peso. Sin embargo, a lo largo de las Escrituras, Dios siempre se ha deleitado en multiplicar las cosas rendidas. Cinco panes se convirtieron en un banquete. Una vasija de aceite pagó deudas imposibles. La honda de un pastor derrotó a un gigante. Las dos blancas de una viuda se convirtieron en una lección eterna de generosidad.

Nuestra tendencia es evaluar lo que queda según su tamaño. Dios lo evalúa según nuestra disposición a colocarlo en sus manos.

Esta verdad comienza a cambiar la manera en que oramos. En lugar de preguntar solamente: “Señor, ¿por qué sucedió esto?”, comenzamos a preguntar: “Señor, ¿qué puedes hacer todavía con lo que queda?” Esa pregunta cambia nuestro enfoque de la desesperación a la expectativa. No minimiza nuestro dolor; magnifica las posibilidades de Dios.

Como creyentes, no negamos la pérdida. Simplemente nos negamos a dejar que la pérdida tenga la última palabra. Nuestra confianza descansa en el Dios que se especializa en traer belleza de las cenizas, gozo del luto, fortaleza de la debilidad y resurrección de lugares que parecen no tener esperanza. Si Él pudo traer vida de una tumba vacía, ciertamente puede traer propósito de lo que sea que quede en nuestra vida hoy.

El milagro a menudo comienza en el momento en que dejamos de contar lo que ha desaparecido y comenzamos a colocar lo que queda en las manos de Jesús. Allí, las cosas ordinarias se vuelven extraordinarias, los corazones rotos comienzan a sanar y la esperanza silenciosamente vuelve a levantarse.

REFLEXIONA

¿Qué has perdido que sigue apareciendo en tus pensamientos? Ahora pregúntate: ¿qué te ha dejado Dios en las manos que has estado pasando por alto?

CAPÍTULO

LA SANIDAD COMIENZA CUANDO DAMOS A TRAVÉS DE NUESTRO DUELO

03

Uno de los momentos más profundos del servicio no vino de las notas preparadas del Pastor Robert Tisdale. Más bien, vino durante un testimonio profundamente personal. Mientras reflexionaba sobre el fallecimiento del Obispo James Wolfe, la enfermedad del Hermano Vernon Butler, las familias de luto presentes, y el ambiente abrumador que llenaba el santuario, el Pastor Tisdale compartió algo que el Señor había puesto en su corazón durante la adoración. No fue una revelación extensa, ni una declaración teológica complicada. Fue notablemente sencillo:

“Da tu camino a través del duelo.”

Esas pocas palabras capturan un principio que se puede rastrear desde Génesis hasta Apocalipsis. Nos recuerdan que, aunque el duelo es parte natural de la vida, Dios nunca quiso que se convirtiera en el lugar donde sus hijos permanecen. Él nos invita a caminar a través del duelo, no a construir un hogar dentro de él. El camino que Él a menudo provee es inesperado. En lugar de pedirnos que nos retiremos, nos llama a seguir dando. Seguir amando. Seguir sirviendo. Seguir orando. Seguir adorando. Seguir invirtiendo en la vida de otros.

Esto puede parecer contrario a la naturaleza humana. Cuando las personas están sufriendo, su instinto suele ser retraerse. El dolor naturalmente vuelca nuestra atención hacia adentro. Repasamos conversaciones dolorosas, revisitamos recuerdos difíciles y hacemos preguntas que parecen no tener respuesta. Nos enfocamos tanto en nuestras propias heridas que se vuelve difícil ver las necesidades de quienes nos rodean. Aunque las temporadas de silencio y luto son saludables y bíblicas, el aislamiento nunca fue el diseño de Dios para la sanidad. El enemigo se deleita cuando el duelo se vuelve autocontenido, porque el aislamiento a menudo produce desánimo, temor y desesperanza.

El Reino de Dios funciona de manera diferente. A lo largo de las Escrituras, Dios demuestra repetidamente que la sanidad a menudo comienza cuando su pueblo permite que su amor siga fluyendo a través de ellos, incluso mientras ellos mismos están sufriendo. Esto no significa que ignoremos nuestro dolor o finjamos que todo está bien. Más bien, significa que nos negamos a dejar que el dolor nos impida reflejar el carácter de Cristo.

Uno de los ejemplos más claros de esta verdad se encuentra en la vida de Job. Pocas personas han sufrido tan profundamente como Job. En un corto período de tiempo perdió a sus hijos, sus posesiones, su salud y gran parte de su reputación. Sus amigos lo malinterpretaron, y durante muchos capítulos del libro luchó honestamente con preguntas que todo creyente que sufre eventualmente se hace. Sin embargo, el punto de inflexión de la historia es fascinante.

Las Escrituras declaran:

“Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él oró por sus amigos...”

JOB 42:10 (RVR60)

Nota lo que el versículo no dice. No dice que Dios restauró a Job cuando finalmente entendió todo lo que había sucedido. No dice que la restauración comenzó después de que todas sus preguntas fueron respondidas. Simplemente dice que, mientras Job comenzaba a orar por otros, Dios comenzaba a restaurarlo.

Eso no significa que Job se ganara su milagro orando. La salvación, la sanidad y la restauración son siempre actos de la gracia de Dios. Sin embargo, sí revela algo hermoso acerca del corazón humano. Cuando el duelo ya no tiene el control total de nuestra atención, comenzamos a ver a las personas de nuevo. Comenzamos a amar de nuevo. Comenzamos a orar de nuevo. Comenzamos a participar en la obra de Dios de nuevo. En muchos sentidos, esa es una de las primeras evidencias de que la sanidad ya ha comenzado.

Una de las primeras señales de sanidad no es que el dolor desaparezca. Es que el amor comienza a fluir de nuevo a través de ti.

Quizás nadie demostró este principio con más perfección que el mismo Jesús. Mientras colgaba de la cruz, soportando el mayor sufrimiento que el mundo jamás haya conocido, su atención permaneció fija en los demás. Oró por quienes lo crucificaban, pidiéndole al Padre que los perdonara. Se detuvo a cuidar de su madre encomendándola al cuidado de Juan. Ofreció esperanza al ladrón arrepentido que colgaba a su lado. Incluso en su momento de mayor sufrimiento, Jesús continuó dando.

Esto revela algo extraordinario acerca del corazón de Dios. El amor nunca depende de circunstancias favorables. El amor divino sigue fluyendo incluso cuando la vida es inimaginablemente difícil. La cruz nos enseña que el sufrimiento y la generosidad no son opuestos. En el Reino de Dios, a menudo caminan juntos.

El mismo espíritu se hizo evidente a lo largo del servicio que inspiró esta lección. En lugar de permitir que el duelo consumiera a la congregación, la iglesia se convirtió en un lugar de ministración. Las familias se reunían alrededor de quienes sufrían. Los creyentes oraban por los enfermos. Se pronunciaban palabras de aliento. Se recibió una ofrenda: no porque no hubiera necesidades dentro de la iglesia, sino porque el Pastor Robert Tisdale sintió al Señor guiando a la congregación a bendecir a otros incluso mientras ellos mismos estaban de duelo. Se apoyó a los misioneros. Se honró a siervos fieles. La compasión siguió fluyendo.

Esta es una hermosa imagen de la Iglesia.

La Iglesia nunca está en su mejor momento cuando todos están libres de problemas.

La Iglesia está en su mejor momento cuando personas quebrantadas permiten que Dios ame a otras personas quebrantadas a través de ellas.

Eso es exactamente lo que Pablo tenía en mente cuando escribió:

“Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.”

GÁLATAS 6:2 (RVR60)

Llevar las cargas de otros requiere más que compasión. Requiere presencia. A veces el mejor ministerio que podemos ofrecer es simplemente estar ahí. Una llamada telefónica. Una visita. Una comida. Una oración. Una palabra de aliento. Un regalo generoso. Ninguna de estas acciones borra el dolor de otra persona, pero cada una se convierte en un recordatorio tangible de que no están caminando solos por el valle.

Al reflexionar sobre nuestra propia vida, quizás la pregunta no sea simplemente: “Señor, ¿cuándo me sanarás?” Quizás otra pregunta sea igualmente importante:

“Señor, ¿a quién puedo animar mientras tú me sanas?”

Con mucha frecuencia, esos dos caminos suceden al mismo tiempo.

Y en algún punto del camino, casi sin darnos cuenta, descubrimos que Dios ha estado sanando nuestro corazón mientras ayudábamos a alguien más.

REFLEXIONA

¿Quién a tu alrededor está sufriendo en este momento? Escribe una manera específica en la que puedas dar tu camino a través de tu propio duelo esta semana, bendiciendo a alguien más.

CAPÍTULO

JOSÉ NOMBRÓ SU SANIDAD ANTES DE EXPERIMENTAR SU RESTAURACIÓN

04

Cuando la mayoría de las personas piensa en José, recuerda de inmediato los momentos dramáticos de su vida. Recuerdan la hermosa túnica que su padre le dio, los celos de sus hermanos, el pozo, los mercaderes de esclavos, la casa de Potifar, la cárcel y, finalmente, el palacio de Faraón. Estos momentos ciertamente definen la trama, pero no son el mayor milagro en la vida de José. El mayor milagro no fue que llegara a ser gobernador de Egipto. El mayor milagro fue que Dios transformó a un joven herido en un siervo maduro que ya no permitía que su pasado dictara su futuro.

El sufrimiento de José comenzó a una edad en la que la mayoría de los jóvenes apenas está descubriendo quiénes son. A los diecisiete años, experimentó la traición de las mismas personas que debían protegerlo. Sus propios hermanos le arrancaron la túnica que representaba el amor de su padre, lo arrojaron a un pozo y lo vendieron como esclavo. En un solo día, José perdió a su familia, su hogar, su libertad y todo sentido de seguridad que jamás había conocido. Sin embargo, el dolor no terminó ahí. Después de servir fielmente en la casa de Potifar, fue falsamente acusado de un crimen que nunca cometió y encarcelado por años. Desde una perspectiva humana, cada capítulo de la historia de José parecía alejarse más y más de los sueños que Dios le había dado siendo joven.

¿Cuántos creyentes se han encontrado haciéndose la misma pregunta que José debió haberse hecho? “Señor, si tú me diste esta promesa, ¿por qué mi vida parece moverse en la dirección opuesta?” Es a menudo durante estas temporadas que la fe es probada con mayor severidad. Naturalmente suponemos que el silencio de Dios significa la ausencia de Dios. Confundimos la demora con el abandono, y las preguntas sin respuesta con oraciones sin respuesta. Sin embargo, la vida de José nos enseña que Dios a menudo está realizando su obra más profunda mientras su voz parece silenciosa. Aunque José no podía verlo, cada temporada difícil lo estaba preparando para una misión mucho más grande de lo que jamás pudo haber imaginado. La cárcel no era evidencia de que Dios lo hubiera olvidado; era parte del proceso que Dios estaba usando para prepararlo.

Hay un principio importante aquí que todo seguidor de Cristo debe aprender. Dios generalmente está más preocupado por preparar a la persona que por preparar la posición. Con frecuencia le pedimos a Dios que cambie nuestras circunstancias, mientras Él pacientemente transforma nuestro carácter. Antes de que José pudiera gobernar una nación, tuvo que aprender humildad, fidelidad, paciencia, perdón y dependencia total de Dios. Si el ascenso hubiera llegado antes de la preparación, el peso de la influencia podría haber destruido al hombre que Dios quería usar.

Años después, cuando José había sido elevado al poder y había establecido una nueva vida en Egipto, sucedió algo aparentemente ordinario que revela una obra extraordinaria de Dios. José se convirtió en padre. Como todo padre hebreo, eligió cuidadosamente los nombres de sus hijos, porque los nombres llevaban un significado espiritual. En las Escrituras, los nombres a menudo reflejaban lo que Dios estaba haciendo en la vida de una persona. Los dos hijos de José se convirtieron en testimonios vivos de la sanidad que Dios había realizado en su propio corazón.

Al primer hijo lo llamó Manasés. La Biblia explica la razón de José diciendo: “Porque me hizo Dios olvidar todo mi trabajo, y toda la casa de mi padre” (Génesis 41:51, RVR60). A primera vista, estas palabras casi suenan imposibles. ¿Cómo pudo José olvidar el pozo? ¿Cómo pudo olvidar la esclavitud? ¿Cómo podría

alguien borrar recuerdos tan profundamente grabados en el alma?

La respuesta es que José no estaba hablando de memoria; estaba hablando de dominio.

José recordaba cada evento. De hecho, cuando sus hermanos finalmente se presentaron ante él en Egipto, los reconoció de inmediato. Recordaba sus rostros. Recordaba sus voces. Recordaba exactamente lo que habían hecho. El milagro no fue que los recuerdos desaparecieran. El milagro fue que esos recuerdos ya no lo controlaban. Dios había sanado la herida tan completamente que José podía recordar el evento sin quedar preso de él.

Este es uno de los aspectos más malentendidos de la sanidad bíblica. Muchas personas oran para que Dios borre los recuerdos dolorosos, pero Dios a menudo realiza un milagro aún mayor. En lugar de quitar el recuerdo, quita su poder. El evento sigue siendo parte de nuestro testimonio, pero ya no gobierna nuestras emociones, nuestras decisiones ni nuestra identidad. Podemos hablar de lo que sucedió sin reabrir la herida, porque el Gran Médico ha sanado lo que una vez pareció imposible de sanar.

Nota cuidadosamente lo que dice José. No dice: “El tiempo me hizo olvidar.” Dice: “Dios me hizo olvidar.” El tiempo, por sí solo, sana muy poco. Las personas pueden cargar amargura durante décadas. Otras viven con culpa, vergüenza o resentimiento toda una vida. El tiempo simplemente nos enseña a esconder el dolor con más eficacia. Solo la gracia de Dios tiene el poder de transformar un corazón herido en uno sanado.

El segundo hijo de José recibió el nombre de Efraín, y una vez más José explicó su significado diciendo: “Porque me hizo Dios fructificar en la tierra de mi aflicción” (Génesis 41:52, RVR60). Estas palabras pueden ser incluso más notables que las primeras. José no dijo que Dios lo sacó de la tierra de aflicción. Egipto seguía siendo Egipto. Seguía siendo el lugar donde había sido vendido como esclavo. Seguía siendo el lugar donde había sido falsamente acusado. Seguía siendo el lugar donde había pasado años en una prisión. La geografía no había cambiado. Lo que había cambiado era José mismo.

¿Cuántas veces posponemos nuestro gozo hasta que nuestras circunstancias mejoren? Silenciosamente nos convencemos de que la paz llegará cuando la vida se vuelva más fácil, de que confiaremos plenamente en Dios cuando el problema se resuelva, o de que la fructificación pertenece a otra temporada. José nos enseña algo completamente diferente. La bendición de Dios no está limitada por nuestro entorno. Él es completamente capaz de producir fruto espiritual en el mismo lugar donde experimentamos nuestro dolor más profundo. El Dios que hizo florecer el desierto todavía puede traer vida a los lugares que suponíamos que siempre permanecerían estériles.

Este patrón aparece a lo largo de las Escrituras. Rut descubrió la redención durante una hambruna. Daniel halló favor mientras vivía como exiliado en Babilonia. Pablo escribió cartas que siguen transformando al mundo mientras estaba sentado en una prisión romana. Incluso nuestro Señor Jesús logró la mayor victoria de la historia a través de lo que parecía ser el día más oscuro imaginable. Una y otra vez, Dios demuestra que no se intimida ante los lugares de aflicción. De hecho, algunas de sus mayores obras se realizan ahí.

El verdadero clímax de la historia de José no ocurrió cuando Faraón le puso un anillo en el dedo. Ocurrió años después, cuando José se encontró cara a cara con los hermanos que lo habían traicionado. En ese momento, poseía la autoridad para encarcelarlos, castigarlos o incluso ejecutarlos. La justicia humana habría entendido tal respuesta. Sin embargo, José eligió un camino completamente diferente. Lloró. Esas lágrimas no eran señales de debilidad. Eran evidencia de sanidad. Un corazón todavía gobernado por el dolor busca venganza. Un corazón transformado por la gracia de Dios busca restauración.

Cuando José finalmente reveló su identidad, hizo una de las declaraciones más profundas de toda la Escritura: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien” (Génesis 50:20, RVR60). José no excusó el pecado de sus hermanos. Reconoció que lo que habían hecho era malo. Pero se negó a permitir que las acciones de ellos definieran el resto de su vida. Su traición se convirtió en el trasfondo sobre el cual se mostró la fidelidad de Dios.

No que llegara a ser gobernador de Egipto, sino que llegó a ser libre.

Y quizás ese es el milagro que Dios desea realizar en cada uno de nosotros. Mucho antes de cambiar lo que sucede a nuestro alrededor, Él quiere transformar lo que sucede dentro de nosotros. Porque cuando el corazón es sanado por la gracia de Dios, finalmente podemos declarar junto con José: “Dios me ha hecho fructificar en la tierra de mi aflicción.” Esa confesión no es simplemente el testimonio de un hombre en Egipto: es el testimonio que Dios desea escribir en cada creyente que elige confiar en Él en cada temporada de la vida.

REFLEXIONA

¿Hay algún recuerdo doloroso que todavía tiene poder sobre tus emociones o decisiones? Pídele a Dios que haga lo que solo Él puede hacer: sanar el recuerdo sin borrar el testimonio.

CAPÍTULO

DIOS NUNCA COMIENZA CON LO QUE PERDISTE

05

Si hay un patrón que se vuelve inconfundible a lo largo de las Escrituras, es este: Dios casi nunca comienza sus milagros reemplazando lo que se ha perdido. Comienza pidiendo lo que queda. Este principio aparece con tanta consistencia en toda la Biblia que no puede descartarse como coincidencia. Revela algo acerca del carácter mismo de Dios. Mientras nosotros naturalmente nos enfocamos en nuestras carencias, Dios constantemente observa los recursos que todavía están en nuestras manos. El cielo nunca se intimida ante lo que falta, porque Dios nunca ha dependido de la abundancia humana para cumplir sus propósitos divinos.

Esta verdad desafía la manera en que pensamos naturalmente. Cuando la vida se desmorona, nuestra atención se dirige de inmediato hacia lo que ya no está. Pensamos en las oportunidades que desaparecieron, las relaciones que terminaron, las finanzas que se perdieron, la salud que decayó o los sueños que ahora parecen imposibles. Medimos nuestro futuro por lo que se nos ha quitado. Dios, sin embargo, mide nuestro futuro por lo que estamos dispuestos a entregar en sus manos. La diferencia entre esas dos perspectivas suele ser la diferencia entre la desesperación y la fe.

Quizás ninguna historia ilustra esto con más claridad que la conversación de Dios con Moisés en la zarza ardiente. Moisés ya había pasado cuarenta años creyendo que su mayor oportunidad había quedado atrás. El príncipe de Egipto se había convertido en poco más que un pastor en el desierto. Su educación, su influencia y su posición en el palacio de Faraón habían desaparecido. Desde la perspectiva de Moisés, todo lo valioso pertenecía al pasado. Sin embargo, cuando Dios lo llamó a liberar a Israel, no le preguntó sobre su antigua posición en Egipto. No le preguntó sobre la educación que había recibido ni sobre la influencia que alguna vez había tenido. En cambio, Dios hizo una pregunta notablemente sencilla:

“¿Qué es eso que tienes en tu mano?”

ÉXODO 4:2 (RVR60)

Para Moisés, era solo una vara de pastor, una herramienta tan común que apenas merecía mencionarse. La llevaba todos los días sin darle mucha importancia. Sin embargo, el Señor vio algo completamente distinto. En las manos de Dios, esa vara ordinaria confrontaría a Faraón, dividiría el Mar Rojo, sacaría agua de una roca y se convertiría en un recordatorio visible de que la autoridad divina a menudo descansa sobre la obediencia ordinaria. El milagro no comenzó cuando Moisés recibió algo nuevo. Comenzó cuando entregó lo que ya tenía.

El mismo patrón aparece en el ministerio de Eliseo. Una viuda se acercó al profeta cargando una situación que parecía imposible de resolver. Su esposo había muerto, los acreedores venían a llevarse a sus hijos como pago, y ella no poseía casi nada. Humanamente hablando, su historia parecía no tener esperanza. Sin embargo, la primera respuesta de Eliseo es sorprendente y profundamente reveladora. Él preguntó: “¿Qué tienes en casa?” (2 Reyes 4:2, RVR60). La viuda respondió casi disculpándose, diciendo que no tenía nada excepto una pequeña vasija de aceite. Para ella, era insignificante. Para Dios, era suficiente.

¿Cuántas veces le respondemos a Dios de la misma manera? Decimos: “Señor, no tengo nada.” Sin embargo, si somos honestos, generalmente hay una frase que sigue: “...excepto esto.” Excepto esta pequeña habilidad. Excepto esta pequeña oportunidad. Excepto este testimonio. Excepto esta relación. Excepto este don. Excepto este recurso. Descartamos lo que queda porque parece demasiado pequeño para importar. Dios nunca lo hace. Él se deleita en usar lo que hemos pasado por alto, porque hacerlo no deja duda alguna de a quién pertenece la gloria.

El milagro de la viuda no ocurrió porque el aceite tuviera cualidades inusuales. Ocurrió porque ella confió en la instrucción de Dios con lo que ya poseía. Mientras hubiera vasijas vacías disponibles, el aceite seguía fluyendo. La limitación nunca fue la provisión de Dios; fue la disponibilidad de vasijas vacías listas para recibir lo que Él deseaba dar. Esa verdad sigue siendo igual de relevante hoy. Dios no está buscando personas que crean que lo tienen todo. Está buscando corazones dispuestos a ofrecerle lo que sea que les quede, confiando en que Él es capaz de multiplicar lo que parece insignificante.

Jesús demostró este mismo principio cuando miles de personas hambrientas se reunieron para escucharlo enseñar. Los discípulos vieron de inmediato la imposibilidad de la situación. Calcularon el costo. Consideraron la distancia a los pueblos cercanos. Cada solución que propusieron se centraba en lo que les faltaba. No había suficiente dinero, no había suficiente comida y no había suficiente tiempo. Jesús, sin embargo, hizo una pregunta completamente diferente: “¿Cuántos panes tenéis?” (Marcos 6:38, RVR60). Una vez más, la atención del cielo no descansaba sobre la carencia, sino sobre lo que quedaba.

Cinco panes y dos peces nunca podrían satisfacer a una multitud de miles. Todos lo sabían. Sin embargo, el milagro nunca dependió del tamaño de la ofrenda. Dependía por completo de en qué manos entraba esa ofrenda. En el momento en que ese pequeño almuerzo fue colocado en las manos de Jesús, sus limitaciones dejaron de importar. El mismo pan que parecía insuficiente en las manos de un niño se volvió más que suficiente cuando fue bendecido por el Señor.

Esa verdad va más allá del milagro de alimentar a la multitud. Habla directamente a todo creyente que alguna vez se ha sentido insuficiente. Con frecuencia suponemos que Dios solo usa a personas excepcionalmente dotadas, con recursos extraordinarios, talentos notables o circunstancias ideales. Las Escrituras cuentan una historia diferente. Una y otra vez, Dios elige a personas comunes con recursos comunes, para que su poder extraordinario se vuelva inconfundible. Gedeón solo tenía trescientos hombres. David solo llevaba una honda y cinco piedras lisas. Una pequeña sierva señaló a Naamán hacia la sanidad. Una viuda dio dos blancas. Un pescador atemorizado predicó el día de Pentecostés. Ninguna de estas personas poseía lo que el mundo llamaría suficiente, y sin embargo cada una de ellas descubrió que lo que se entrega a Dios nunca se mide por su tamaño, sino por su disponibilidad.

Quizás esto explica por qué Dios a menudo espera hasta que la fuerza humana ha llegado a su límite antes de revelar su poder. Mientras creamos que nuestras propias habilidades son suficientes, estamos tentados a depender de nosotros mismos. Pero cuando finalmente reconocemos nuestra debilidad, descubrimos lo que Pablo quiso decir cuando escribió: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12:9, RVR60). La debilidad no es un obstáculo para el poder de Dios; a menudo es el escenario donde su poder se manifiesta con mayor claridad.

Esto es exactamente lo que el Pastor Robert Tisdale estaba comunicando cuando declaró que los milagros comienzan cuando dejamos de obsesionarnos con lo que perdimos y comenzamos a usar lo que nos queda. La declaración no es simplemente inspiradora: es profundamente bíblica. Cada milagro que hemos considerado en este capítulo comenzó cuando alguien dejó de medir sus limitaciones y comenzó a confiar en la suficiencia de Dios. Moisés entregó una vara. Una viuda ofreció una pequeña vasija de aceite. Un niño soltó su almuerzo. Ninguno de ellos sabía lo que Dios estaba a punto de hacer. Simplemente colocaron lo que les quedaba en sus manos.

Quizás la mayor pregunta que podemos hacernos no es: “¿Qué he perdido?”, sino más bien: “¿Qué ha puesto Dios ya en mis manos?” La respuesta puede parecer ordinaria hoy, pero a lo largo de las Escrituras, Dios ha construido consistentemente milagros extraordinarios a partir de actos ordinarios de fe. Él nunca ha necesitado abundancia para cumplir sus propósitos. Solo ha pedido rendición.

Esa verdad debería llenar de esperanza a todo creyente. Sin importar lo que la vida se haya llevado, si Cristo permanece, entonces la posibilidad permanece. Si la fe permanece, entonces el propósito permanece. Si el Espíritu Santo permanece, entonces el poder permanece. Y si Dios todavía tiene algo en nuestras manos, sin importar cuán pequeño parezca, Él es más que capaz de usarlo para su gloria. El milagro tal vez no comience con lo que deseábamos todavía poseer. Con mucha más frecuencia, comienza con la simple decisión de colocar lo que queda en las manos de Aquel que nunca ha fallado.

REFLEXIONA

¿Qué tienes ahora mismo en tu mano, un don, una relación, un recurso, un pequeño acto de obediencia, que has descartado por considerarlo demasiado pequeño para que Dios lo use?

CAPÍTULO

A VECES EL MAYOR MILAGRO DE DIOS ES SU PUEBLO

06

Uno de los aspectos más hermosos del servicio que inspiró este estudio es que nunca estuvo centrado en una sola persona. No hubo un programa cuidadosamente orquestado, ni prisa por llegar a la siguiente parte del servicio, ni intento de mantener un horario. En cambio, hubo una santa sensibilidad a la guía del Espíritu. Mucho antes de que el Pastor Robert Tisdale abriera sus notas bíblicas, Dios ya estaba obrando en toda la congregación. La gente oraba unos por otros. Las familias eran consoladas. Las lágrimas fluían libremente. Algunos adoraban mientras otros intercedían. Los creyentes se reunían alrededor de quienes cargaban pesos difíciles, imponiendo manos sobre los enfermos y animando a los cansados. El santuario se convirtió en una expresión viva de lo que la Iglesia del Nuevo Testamento siempre debió ser: no una audiencia observando el ministerio, sino el Cuerpo de Cristo ministrándose activamente unos a otros.

Esta es precisamente la imagen que encontramos a lo largo del libro de los Hechos. Cuando leemos acerca de la iglesia primitiva, descubrimos que los milagros nunca fueron manifestaciones aisladas del poder de Dios destinadas simplemente a asombrar a una multitud. Cada milagro fortalecía la fe del pueblo de Dios, atraía a los incrédulos a Cristo y reforzaba la unidad de la Iglesia. Lo sobrenatural nunca estuvo desconectado de la comunidad de creyentes. En cambio, el poder de Dios fluía a través de hombres y mujeres comunes que se habían rendido a la obra del Espíritu Santo.

Este entendimiento desafía la manera en que muchas personas piensan hoy sobre el ministerio. Es fácil imaginar que el ministerio pertenece principalmente a los pastores, evangelistas, misioneros o quienes están detrás de un púlpito. Las Escrituras pintan un cuadro muy diferente. El Apóstol Pablo describe a la Iglesia como un cuerpo vivo compuesto de muchos miembros, cada uno diseñado y capacitado de manera única por Dios. A cada creyente se le ha dado un propósito, a cada creyente se le han confiado dones espirituales, y cada creyente tiene un papel que desempeñar en el fortalecimiento del cuerpo de Cristo. El ojo no puede reemplazar a la mano, ni la mano puede funcionar independientemente del pie. Cada miembro importa porque cada miembro le pertenece a Cristo (1 Corintios 12:12-27).

Esta verdad se vuelve especialmente hermosa durante las temporadas de sufrimiento. Pablo escribe: “De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él...” (1 Corintios 12:26, RVR60). En otras palabras, el dolor nunca debe cargarse en soledad. Cuando un creyente sufre, todo el cuerpo es invitado a responder con compasión, oración, aliento y apoyo práctico. Este es uno de los mayores regalos de Dios para su pueblo. Él nunca quiso que peleáramos nuestras batallas en aislamiento. Nos rodeó de una familia espiritual para que, cuando nuestras propias fuerzas comiencen a fallar, la fe de otro pueda ayudarnos a seguir adelante.

Quizás por eso el aislamiento es una de las armas más eficaces del enemigo. El dolor naturalmente nos tienta a retraernos. Silenciosamente nos convencemos de que nadie entiende nuestra lucha, de que deberíamos guardarnos nuestras cargas, o de que regresaremos a la comunión cuando la vida se vuelva más fácil. Sin embargo, cada uno de esos pensamientos nos aleja del diseño de Dios. Una rama separada de la vid no puede florecer. Una oveja separada del rebaño se vuelve vulnerable. De igual manera, los creyentes que se aíslan a menudo se privan de uno de los instrumentos principales de sanidad de Dios: el aliento y la fortaleza del Cuerpo de Cristo.

A lo largo de las Escrituras vemos repetidamente a Dios usando creyentes comunes para realizar un ministerio extraordinario. Bernabé, cuyo nombre significa “hijo de consolación” o “hijo de aliento”, se convirtió en uno de los líderes más influyentes de la iglesia primitiva, no porque buscara reconocimiento, sino porque continuamente fortalecía a otros. Cuando el recién convertido Saulo era visto con sospecha, Bernabé creyó en él. Cuando Juan Marcos falló y otros estaban listos para descartarlo, Bernabé vio potencial donde otros veían decepción. Una y otra vez, Dios usó su ministerio de aliento para formar líderes que eventualmente impactarían al mundo. Bernabé nos recuerda que el aliento no es un ministerio secundario dentro de la Iglesia; es una de las formas en que Cristo mismo ministra a través de su pueblo.

Otro hermoso ejemplo se encuentra cerca del final de la vida del Apóstol Pablo. Escribiendo desde una fría prisión romana, abandonado por muchos que antes habían trabajado a su lado, Pablo se detuvo para honrar a un hombre por su nombre. Hablando de Onesíforo, escribió: “Dé el Señor misericordia a la casa de Onesíforo, porque muchas veces me confortó, y no se avergonzó de mis cadenas” (2 Timoteo 1:16, RVR60). Esas palabras son profundamente conmovedoras. Pablo no elogió a Onesíforo porque predicara sermones notables o realizara milagros extraordinarios. Lo honró porque se negó a abandonar a un hermano que sufría. Mientras otros mantenían su distancia de un prisionero condenado, Onesíforo lo buscó con diligencia hasta encontrarlo y se quedó a su lado. A veces el mejor ministerio que podemos ofrecer a otra persona es simplemente nuestra presencia fiel.

Esto nos recuerda que no todo milagro se ve dramático. Algunos milagros suceden en silencio. Una llamada telefónica llega en el momento exacto. Una oración fortalece un corazón cansado. Una comida aparece en la puerta de una familia de luto. Una palabra de aliento evita que alguien se rinda. Un hermano o hermana en Cristo se sienta a nuestro lado en silencio cuando las palabras ya no bastan. Estos momentos rara vez reciben atención pública, pero el cielo ve cada uno de ellos. Son santos porque revelan la compasión de Cristo obrando a través de su pueblo.

Eso es exactamente lo que se desarrolló durante este servicio. Antes de que hubiera un sermón, hubo ministración. Antes de que hubiera un mensaje, hubo compasión. Antes de que alguien escuchara explicar un principio bíblico, vieron a los creyentes vivirlo. Oraciones de sanidad llenaron el santuario. La adoración se levantó de corazones que cargaban tanto fe como tristeza. La congregación siguió dando generosamente para bendecir a otros, incluso mientras muchos cargaban sus propios pesos. El Espíritu Santo ya estaba enseñando la lección: no a través de un bosquejo preparado, sino a través de la vida misma de la Iglesia.

Entonces, cerca del final del servicio, el Pastor Robert Tisdale abrió las notas que había preparado varias semanas antes. En lugar de predicar todo el mensaje que había planeado, simplemente leyó la primera frase:

“Los milagros comienzan cuando dejas de obsesionarte con lo que perdiste y empiezas a usar lo que te queda.”

En ese momento, algo notable se hizo evidente. El Espíritu Santo ya había predicado el mensaje.

Todos en el santuario habían sido testigos de creyentes usando lo que les quedaba. Habían visto a personas adorar en medio del duelo, seguir sirviendo mientras cargaban pesos difíciles, animarse unos a otros entre lágrimas, y dar generosamente a pesar de circunstancias difíciles. Sin darse cuenta, habían pasado todo el servicio viendo esa única frase cobrar vida. El mensaje no fue proclamado por primera vez desde un púlpito; ya había sido demostrado a través de vidas rendidas.

Quizás esa es una de las mayores lecciones que este estudio nos deja. A menudo oramos para que Dios realice un milagro imaginando algo repentino y extraordinario. Sin embargo, muchas veces, el primer milagro de Dios es mucho más silencioso. Comienza cuando un creyente elige el perdón en lugar de la amargura. Comienza cuando alguien levanta sus manos en adoración después de recibir noticias desgarradoras. Comienza cuando una familia de luto consuela a otra familia de luto. Comienza cuando una iglesia se niega a ser consumida por su propio dolor y en cambio continúa amando, sirviendo, orando y dando.

Eso es exactamente lo que sucedió aquel día.

El milagro no fue simplemente que Dios le diera al Pastor Robert Tisdale un mensaje semanas antes del servicio.

***El milagro fue que la Iglesia ya se había convertido en el mensaje
antes de que se leyera la primera frase.***

Quizás esa sigue siendo una de las formas favoritas de Dios para revelarse. Antes de hablar a través de un sermón, a menudo habla a través de un pueblo rendido. Cuando el Cuerpo de Cristo ama como Jesús amó, sirve como Jesús sirvió, lleva las cargas de unos y otros, y continúa usando lo que le queda, el mundo es testigo de algo que ningún sermón por sí solo puede comunicar plenamente.

La Iglesia misma se convierte en evidencia viva de que Jesucristo sigue vivo, sigue obrando, y sigue realizando milagros hoy.

REFLEXIONA

¿Quién ha sido las manos y la voz de Dios para ti durante una temporada difícil? Escribe una breve oración de gratitud por esa persona, y pregúntale a Dios cómo puedes ser esa persona para alguien más.

CONCLUSIÓN

LO QUE QUEDA ES SUFICIENTE

Al llegar al final de este estudio, regresamos a la verdad sencilla pero profunda que captó nuestra atención desde el principio:

“Los milagros comienzan cuando dejas de obsesionarte con lo que perdiste y empiezas a usar lo que te queda.”

A lo largo de estos capítulos hemos descubierto que esto es mucho más que una declaración inspiradora. Es un patrón bíblico que se extiende por todas las páginas de las Escrituras. Una y otra vez, Dios se encuentra con hombres y mujeres en el lugar de su mayor pérdida: no para recordarles lo que se fue, sino para revelarles lo que todavía queda. Mientras la naturaleza humana instintivamente mira hacia atrás, Dios continuamente llama a su pueblo a mirar hacia adelante. Mientras nosotros contamos lo que se nos ha quitado, Él nos señala lo que su gracia ha preservado.

Las historias que hemos examinado dan testimonio de esta realidad. José perdió a su familia, su libertad y años de su vida, y sin embargo Dios le dio un corazón libre de amargura y lo hizo fructificar en la misma tierra de su aflicción. Moisés creía que sus mejores años habían quedado atrás, pero Dios comenzó una liberación nacional con nada más que una vara de pastor. Una viuda creía que no le quedaba nada excepto una pequeña vasija de aceite, y sin embargo esa cosa “pequeña” se convirtió en la fuente de su milagro. Un niño entregó cinco panes y dos peces, y se convirtieron en alimento para miles. En cada relato, el cielo nunca comenzó con lo que se había perdido. El cielo comenzó con lo que quedaba.

Quizás eso se debe a que Dios nunca ha medido nuestra utilidad por el tamaño de nuestros recursos. Él mide nuestra disposición a colocar esos recursos en sus manos. El Señor nunca ha estado limitado por comienzos pequeños, personas comunes o circunstancias imposibles. Su poder siempre se ha revelado a través de vidas rendidas. Lo que a nosotros nos parece insignificante a menudo se vuelve extraordinario una vez que se lo hemos confiado a Él.

Esta verdad también cambia la manera en que vemos nuestras temporadas de duelo. La pérdida es real, y las Escrituras nunca minimizan el dolor de la tristeza. El pueblo de Dios siempre ha llorado. Ha llorado la muerte de seres queridos, el derrumbe de sueños, temporadas de decepción y momentos de profundo quebranto. Sin embargo, el duelo nunca tuvo la intención de convertirse en su morada permanente. El Dios que nos invita a llorar es el mismo Dios que promete consolarnos. Camina suavemente a nuestro lado hasta que nuestro llanto se transforma en esperanza, no porque el pasado sea olvidado, sino porque su presencia se vuelve más grande que nuestro dolor.

Una de las hermosas lecciones de este estudio es que la sanidad rara vez es una experiencia aislada. Dios a menudo nos restaura a través del ministerio de su pueblo. A veces su respuesta llega a través de un hermano que se niega a dejar de orar. A veces llega a través de una hermana cuyas palabras de aliento llegan en el momento exacto. A veces llega a través de una familia de iglesia que silenciosamente carga pesos que nunca debimos llevar solos. Muchas veces le pedimos a Dios que envíe un milagro, sin darnos cuenta de que Él ya nos ha colocado en una familia donde su gracia fluye continuamente de un creyente a otro.

Eso es exactamente lo que se desarrolló durante el servicio que inspiró esta lección. Antes de que hubiera un sermón, hubo adoración. Antes de que hubiera un mensaje, hubo ministración. Antes de que se leyera la primera frase de las notas del Pastor Robert Tisdale, el Espíritu Santo ya había estado predicando ese mensaje a través de la vida del pueblo de Dios. La congregación adoró en medio del duelo. Oraron por los que sufrían. Siguieron dando. Se ministraron unos a otros. Usaron lo que les quedaba.

Quizás ese es uno de los mayores recordatorios para todo creyente hoy.

El milagro por el que has estado orando tal vez no comience con la llegada de algo nuevo.

Tal vez comience con la entrega de algo que ya tienes.

Tu testimonio puede ser lo que otra persona necesita desesperadamente escuchar.

Tu oración puede convertirse en la fortaleza que otro creyente le ha estado pidiendo a Dios.

Tu fidelidad durante una temporada difícil puede animar a alguien que en silencio está considerando rendirse.

Tu generosidad puede convertirse en la provisión de Dios para otra familia.

Tu adoración en medio de tu propio dolor puede recordarle a alguien que Dios todavía es digno de alabanza.

Nunca subestimes lo que Dios puede hacer con una vida rendida.

Hay una última lección que resuena en cada página de las Escrituras. Dios siempre se ha especializado en traer vida de lugares donde todos los demás esperaban muerte. Sacó una nación de una pareja anciana que no tenía hijos. Sacó agua de una roca. Trajo pan del cielo. Trajo victoria a través de un joven pastor. Trajo salvación a través de una cruz. Trajo resurrección de una tumba vacía.

Eso es quien Él es.

Él es el Dios que crea algo de lo que parece no ser nada.

Él es el Dios que restaura lo que parece imposible de reparar.

Él es el Dios que todavía escribe finales hermosos después de capítulos dolorosos.

Y porque Él nunca cambia, sigue haciendo lo mismo hoy.

Así que, dondequiera que este estudio te encuentre: ya sea que estés atravesando el duelo, la decepción, la incertidumbre, o simplemente esperando que Dios se mueva de nuevo, recuerda esto: tu historia no ha terminado. Si todavía tienes fe, Dios puede usarla. Si todavía tienes voz, Dios puede usarla. Si todavía tienes un corazón dispuesto, Dios puede usarlo. Si el Espíritu Santo todavía habita en ti, entonces posees todo lo necesario para que Dios continúe escribiendo su propósito a través de tu vida.

No pases el mañana llorando lo que el ayer se llevó.

Levanta tus ojos.

Abre tus manos.

Confía en el Señor.

Ofrécele lo que te queda.

Porque a lo largo de toda la Escritura, y a lo largo de la vida del pueblo de Dios hoy, los mayores milagros a menudo han comenzado con aquellos que simplemente colocaron lo que les quedaba en las manos de un Dios fiel.

Porque lo que queda en las manos de Dios siempre será más que suficiente.

REFLEXIONA

Escribe, en una sola frase, lo que todavía queda en tu vida después de todo lo que has atravesado. Luego escribe una breve oración colocándolo en las manos de Dios.
